

## El precio de la seguridad frente al valor de la libertad.

El 20 de mayo de 2013 numerosos periódicos mundiales revelaron información acerca de la NSA (Agencia Nacional de Seguridad). Esta información fue filtrada por Edward Snowden, quien había trabajado anteriormente para la CIA y denunció los trabajos de espionaje que el gobierno de EEUU estaba realizando a todos sus habitantes. En la actualidad Snowden se ve obligado a residir en Rusia ya que en EEUU es perseguido por traidor. Desde entonces se han abierto en el país americano dos frentes. El primero apoya a Snowden como defensor de las libertades de los ciudadanos, ya que sostiene que las acciones de espionaje realizadas por el gobierno americano eran y siguen siendo ilegales al ir en contra de la Constitución americana. El segundo frente, los partidarios de la seguridad nacional, acusan a Snowden de traidor. Esta disputa sigue abierta en Estados Unidos, en donde se sigue debatiendo sobre 'el precio de la seguridad frente al valor de libertad'.

Esta confrontación de intereses o ideologías se ha visto retomada a nivel internacional tras los recientes ataques terroristas cometidos por el ISIS. Este grupo terrorista, que ha instaurado un régimen de terror y miedo a raíz de la guerra civil en Siria, ha realizado multitud de atentados en numerosos países como Túnez, Kuwait, Turquía o Egipto. Pero a pesar de la multitud de ataques sufridos en esos países, el problema cobró una mayor magnitud tras los sufridos el pasado 13-N en París. Quizás porque fue entonces cuando vimos afectada esa burbuja que nosotros llamamos Europa o tal vez porque, inundados por el miedo, nos dimos cuenta de la magnitud del problema que hasta entonces estábamos obviando. Lo que sí se puede asegurar es que a partir de estos atentados el mundo occidental se ha vuelto a plantear el dilema cuyo título ocupa este escrito: 'El precio de la seguridad frente al valor de la libertad'.

Pero primero debemos darle un significado a la libertad, término tan ambiguo como ambivalente, cuyo sentido y significado se ha buscado a lo largo de la historia. Y lo que ésta nos

muestra es que la libertad no es más que un conjunto de parámetros dentro de los cuales podemos actuar. Estos parámetros han sido establecidos indistintamente por la sociedad en su conjunto, por dictaduras, monarquías, oligarquías, religiones u otras élites. Por tanto, cuanto más amplios sean éstos más libres seremos. Así, en una dictadura donde los parámetros son mínimos la gente no es tan libre como en un sistema democrático. Se nos presenta aquí una paradoja y es que lo que idealizamos como una libertad máxima o perfecta, en la que estos parámetros no existiesen, y donde nuestras opciones de elección y acción fueran tan grandes como la ley natural nos permitiese, sería inviable. La libertad máxima de un individuo iría en contra de las libertades de los otros, así como de la seguridad común. Esto es tanto por la naturaleza del ser humano como por la naturaleza de la misma existencia. El ser humano necesita, entonces, vivir entre límites. Es nuestro deber ahora como sociedad delimitar dichos parámetros con el fin de alcanzar la libertad máxima sin dañar la de los demás o la seguridad colectiva.

Después de definirla, la libertad puede resultar un término demasiado amplio o complejo para ser llevado a la vida cotidiana. Por ese motivo se hablan de las libertades individuales, haciendo referencia a los derechos que los ciudadanos tenemos. Estas libertades individuales se aproximan a lo que defendía Hobbes y el resto del liberalismo como derechos naturales. Por el contrario, es más difícil garantizar la seguridad de individual. Cuando se habla de seguridad la relacionamos normalmente con colectivos o sociedades. Por consiguiente este debate entre seguridad y libertad no es más que otra representación de una confrontación clásica como la del individuo contra la sociedad.

Lo que no podemos negar es que ni la seguridad ni la máxima libertad en su forma extrema son viables. Por tanto, lo más óptimo como sociedad es buscar un punto de equilibrio. El problema surge cuando nos vemos en estas situaciones de peligro o miedo, donde nuestra frágil existencia se tambalea. Es aquí cuando se nos presenta un reto como sociedad. Partiendo de este equilibrio que habíamos establecido, debemos preguntarnos qué parte estamos dispuestos a ceder. Me remito ahora a las palabras de uno de los padres fundadores de EEUU, Benjamin Franklin quien una vez afirmó que *“Aquellos que cederían la libertad esencial para adquirir una pequeña seguridad temporal, no merecen ni libertad ni seguridad”*.

La libertad es nuestra esencia como humanos, durante miles de años la humanidad ha ido en busca de este estado esencial de la vida, si bien es cierto que este anhelo se ha conseguido de forma desigual a lo largo del mundo. Pero el hecho es que es un valor esencial que no puede ceder frente al miedo o a la inseguridad.

Parece claro que la inmensa mayoría de nuestra sociedad, excepto por algún reducto aislado que pueda defender ciertos regímenes ya obsoletos, defendemos la libertad en su conjunto. Pero puede que este sentimiento esté más arraigado en las generaciones más mayores. Denoto cierta sensación de comodidad en la mía. Una generación que nació con todo hecho - llegamos con un sistema democrático ya establecido, con derechos individuales -, aunque es cierto que debemos trabajar para mejorarlo, no debemos obviar lo importante. Damos demasiado valor al hecho de vivir (que no a la vida). No debe olvidarse que este acto de vivir pierde cualquier sentido sin libertad y todo lo que esto conlleva. Entonces planteémonos de nuevo si estamos dispuestos a ceder libertades por sentirnos un poco más seguros. El precio por disfrutar de una seguridad extrema es demasiado alto, y la libertad tiene demasiado valor.

Recordando ahora aquella mítica escena de la película de Casablanca donde los franceses entonaban la Marsellesa ante un grupo de generales nazis podemos asegurar que ésta se erige como la gran representación de la lucha por la libertad y que utiliza el himno de la Marsellesa como símbolo de su defensa. Retomé esta gran película después de los pasados atentados en la capital francesa. Ese día un grupo de parisinos marcharon bajo el estadio de fútbol entonando la Marsellesa, una escena tan conmovedora y épica como puede resultar la de la película americana. En ambos casos cantaron por la libertad que les unía, utilizando el himno como arma contra el odio. Me di cuenta entonces que la libertad va más allá de ser algo por lo que luchar, la libertad es algo con lo que poder luchar también.

Finalizo ya con una parte de Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes. En este pequeño fragmento, Don Quijote se refiere a Sancho y le dice: *“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.”*

Que sea entonces la libertad nuestro himno y emblema, que no nos acongoje el miedo, que luchemos contra el terror con lo que nos hace diferentes

. Que la libertad suponga una manera de vivir. Y no olvidemos su mayor valor: La libertad es lo que nos hace humanos.



